

**Capdevila, Luc, y Langué, Frédérique (dirs.).** *Le passé des émotions d'une histoire à vif, Amérique Latine et Espagne.* Rennes: Presses Universitaires de Rennes, 2014, 206 págs.

Desde hace unos meses, los neurobiólogos invierten tiempo en promover en los espacios de divulgación de las ciencias la idea de que las decisiones humanas son el resultado de las emociones, y solo excepcionalmente de elecciones racionales. Esta afirmación se apoya en una cartografía del cerebro, supuesto reflejo de la actividad cerebral donde emociones y razón se ubican en zonas distintas aunque posiblemente conectadas. La racionalidad sería entonces movilizada a posteriori para justificar decisiones tomadas bajo la influencia de la aprehensión emotiva de una situación dada. Tales afirmaciones son del interés de los investigadores de las ciencias humanas y sociales por varios motivos. De entrada, las conclusiones presentadas de esta forma se refieren a una *naturaleza* del hombre, independientemente de la aparición del cartesianismo y del lugar que este ocupará en la cultura.

Lo que los historiadores observan no sería entonces más que el discurso racional que se convierte en una exigencia del mundo social, puesto que da una legitimidad a la acción. No obstante, si se considera que no se trata más que de un discurso superficial que busca ocultar —incluso a sí mismo— los verdaderos mecanismos que generan la toma de decisiones, se tendría el derecho de interrogarse sobre la pertinencia del análisis decisional, tan apreciado por la sociología de las organizaciones y que ocupa un lugar nada despreciable en los estudios históricos de las últimas décadas. Sin embargo, esto implicaría olvidar la advertencia de Carlo Ginzburg, hecha hace ya más de treinta años, en 1980, en su libro *Le fromage et les vers. L'univers d'un meunier du XVI<sup>e</sup> siècle*, que publicó en París gracias a Flammarion. Según él, los peligros de la tentación de renunciar a reconocer la racionalidad del hombre y de preferir atribuirle eran un «irracionalismo estetizante», y ello es cierto en tal grado que la comprensión de las decisiones llevadas a cabo por los actores solo nos es posible por la «vía de la razón».

Se podría responder a nuestros colegas de las «ciencias duras» que la crítica a los excesos del *rational choice* y de su soporte ideológico no es nueva, aun cuando no esté completamente estructurada. En este ámbito, la historia de las emociones es sin duda el campo de la historia capaz de resolver las preguntas planteadas a las ciencias sociales sobre la articulación de las emociones y de la racionalidad. Lógicamente, «racionalmente», Luc Capdevila y Frédérique Langué han coordinado en el año 2009 un volumen precedente, llamado *Entre mémoire collective et histoire officielle. L'histoire du temps présent en Amérique Latine*, sobre la relación entre historia y memoria, que salió a la luz en Presses Universitaires de Rennes.

Con este nuevo título sobre uno de los principales temas de la historia de las sensibilidades, los doce autores de esta obra colectiva abren una ventana de la historia hispano-americana cargada en particular de emociones fuertes y de re-

juegos de actualidad, principalmente políticos pero también de la memoria colectiva e identitarios. L. Capdevila y F. Langue orientan esta vez un análisis de las emociones como vectores de cuestionamiento de una historia dolorosa. Las emociones banales, «normales», no entran, o lo hacen poco, en el campo de esta historia que busca entender el devenir de emociones que surgieron con frecuencia en situaciones extremas y que pueden ser reactivadas en ciertos momentos privilegiados; por supuesto, todo durante ciertas conmemoraciones que buscan establecer precedentes de historicidad. El discurso sobre el pasado deviene entonces esencial y puede tanto servir a la construcción de una historia oficial —en Argentina, Uruguay, Venezuela— como a su puesta en tela de juicio por una nueva generación que cuestiona una historia que busca suavizar un pasado doloroso para favorecer la reconciliación nacional, como ocurre en el Chile actual. En todos los casos, las emociones tienden a abolir la distancia con el pasado.

La obra se divide en dos partes. La primera contiene seis capítulos que tratan sobre la memoria de los cuerpos, mientras que la segunda reúne siete sobre las emociones de la memoria. El primer texto, de Javier Moscoso, constituye un balance historiográfico y un texto programático. Se trata de una primera respuesta, muy convincente, a los cuestionamientos realizados por las neurociencias y la falsa oposición entre racionalidad y emociones, al menos en el ámbito del análisis. El autor subraya que el estudio de las emociones se orienta mucho menos a las emociones en cuanto que objeto que a «las formas culturales que las hacen posibles» (pág. 17). El rol del historiador es entonces el de reconstruir «las formas materiales y discursivas que hacen posible la emoción nacida de la experiencia» (pág. 21).

Le siguen cuatro capítulos que abordan la expresión de las emociones fuertes en contextos políticos difíciles. El de Gildas Brégain analiza de manera comparativa la expresión de la ira en el caso de las personas discapacitadas en Argentina, Brasil y España, tres países que conocieron regímenes dictatoriales en los años 1960-1970. El autor describe la expresión de la cólera tanto en el lenguaje como en las actitudes corporales en el espacio público, donde la «regulación emocional» es controlada por las asociaciones de personas discapacitadas.

Maud Joly analiza el miedo en relación con el proyecto político franquista que acondicionaba espacios políticos de poder fundados en el miedo. La autora muestra que una violencia-espectáculo es utilizada como arma de guerra, mientras que la violencia contra las mujeres sirve para instituir el terror en la retaguardia. Este capítulo muestra claramente el vínculo entre emoción y memoria porque el miedo no solamente recurre a la memoria reactivando el recuerdo de violencias pasadas (el texto habría podido abundar y ser más explícito sobre la memoria de las guerras coloniales y sobre los prejuicios culturales respecto de los «rojos»), sino que se inscribe a sí mismo en las memorias como aquello que queda de la guerra. El capítulo de Moira Cristiá analiza el uso del odio político en la Argentina de los años 1970 y su rol en la «destrucción del lazo social». Después del derrocamiento del gobierno de Perón en 1955 y la prohibición de su

partido, la participación electoral devino imposible; el odio colectivo se convirtió entonces en un instrumento posible y ampliamente utilizado para el posicionamiento político. La autora analiza así a partir de fuentes iconográficas, especialmente pinturas de estudiantes de bellas artes, la expresión de un nacionalismo que ha desarrollado esencialmente el tema del antiimperialismo.

El texto de Rosalina Estrada Urroz tiene un lugar aparte en este trabajo por dos razones; de entrada porque las emociones descritas no están en relación con el contexto de violencias políticas ejercidas en un régimen dictatorial, ya que se trata de violencias privadas, y luego porque se trata de emociones calladas, puesto que el asesinato impuso el silencio a las víctimas. Se trata entonces de «un trauma ausente del cuerpo femenino», que no tiene el tiempo de instalarse y por lo que la autora se interroga sobre la posibilidad de pensar en «la latencia en el vacío». Un texto de Sandra Gayol cierra esta primera parte sobre los cuerpos, con un análisis comparativo de los funerales del presidente argentino Hipólito Yrigoyen en 1933 y el del dictador Uriburu, fallecido en Francia en mayo de 1932, cuyo cuerpo fue repatriado y recibió los honores oficiales del gobierno argentino. Estos funerales, organizados en un contexto en el que los partidos políticos y las manifestaciones estaban prohibidos, fueron tomados como una ocasión de expresión pública; «el gobierno y los políticos en general utilizaban las emociones como palanca para movilizar la población», y para medir sus fuerzas. Al carácter oficial y militar de los funerales de Uriburu se opone la organización civil de una multitud atada al simbolismo republicano.

La segunda parte de la obra inicia con un texto de Alejandro E. Gómez, quien identifica en el miedo a la alteridad la llave de la homogeneidad emocional en el espacio atlántico. Es también un texto de carácter programático en el que el autor establece de entrada un balance de las corrientes que en las neurociencias proponen la cuestión de las emociones en la toma de decisión. El autor identifica aquí tres ejes de investigación (pág. 110) que tienen en común el subrayar la importancia de la memoria y de la experiencia en la construcción de los regímenes emocionales. Tales ejes constituyen las herramientas de investigación que utilizará en su estudio sobre los «estatus rígidos basados en el linaje» y sobre las identificaciones raciales en el mundo atlántico. Frédérique Langue nos ofrece un texto sobre el uso político del resentimiento en Venezuela bajo la presidencia de Hugo Chávez. Le reescritura de la historia es en este caso un instrumento esencial del reforzamiento del régimen. Chávez, llevado a encarnar un Bolívar contemporáneo en una re-edición de la independencia, esta vez contra el imperialismo de los Estados Unidos, buscará movilizar el resentimiento sistemáticamente exacerbado contra el enemigo del norte. Al hacerlo, trata de entremezclar memoria colectiva emocionalmente construida e historia oficial. Pero la autora no se limita al régimen, ya que sitúa igualmente la construcción del resentimiento en el contexto de la construcción política de Venezuela desde los años 1940, periodo en que se impuso una concepción pretoriana del poder, es decir, «la utilización de la fuerza simbólica por parte del sector militar» (pág. 126).

Sophie Milquet transporta nuevamente al lector al contexto de la España franquista, analizando los testimonios y las novelas que describen el traumatismo de las mujeres víctimas de violencia durante la guerra civil. La autora muestra cómo la puesta en escena y el ritual en el género literario permiten construir una identidad «sumándose a una lucha colectiva» (pág. 151), que es posible a partir de la muerte de Franco. El capítulo de Manuel Garate Château muestra el fenómeno del aplastamiento de las temporalidades generado por las emociones. Estas, disparadas de entrada por la noticia del arresto de Pinochet en Londres en 1988 y reforzadas por la producción de documentales y de obras de ficción sobre la dictadura en los canales públicos de televisión, favorecieron el poner en tela de juicio el modelo económico y social heredado por la nueva generación de estudiantes. Cuarenta años después del golpe de Estado de Pinochet, la visión consensual de la historia ya no da respuestas satisfactorias a una juventud cada vez más crítica frente a su herencia histórica.

El texto de María Laura Reali hace eco del de Sandra Gayol, retomando el tema de los discursos políticos opuestos y en competencia. Analiza también los discursos periodísticos sobre las decisiones políticas de las masas que, percibidas como ignorantes, serían solo el resultado de sus impulsos. Esta visión despectiva no era por cierto gratuita, ya que constituía la respuesta a las reivindicaciones de instauración del sufragio universal. Las conmemoraciones sobre los enfrentamientos que tuvieron lugar en el paso del siglo XIX al XX tuvieron entonces importantes implicaciones políticas, puesto que el discurso de dignificación de los movimientos revolucionarios vino a competir con el de las élites culturales, abriendo el campo de la integración de los movimientos en el proceso de construcción nacional. Luc Capdevila escribe el último capítulo de esta obra, y propone, en lugar del análisis de la instrumentalización de emociones que se inscriben en un registro negativo y de exclusión (miedo, resentimiento...), la exaltación y el entusiasmo en un contexto improbable: el de la memoria de guerra en Paraguay al inicio del siglo XX. El autor opone el entusiasmo (emoción constructiva que proyecta los actores hacia adelante) a la exaltación que reposa sobre la visión de un pasado «nutrido de mitologías» y pertenece al «ámbito de la adoración». Después de la guerra de la Triple Alianza (1866-1870) y hasta la del Chaco en 1930, el discurso va a endurecerse para rehabilitar el régimen del dictador paraguayo Francisco Solano López, alguna vez descrito por la historiografía liberal como el responsable de la guerra y del retraso de Paraguay en relación con sus enemigos europeizados. Un nuevo régimen de historicidad, construido en parte sobre la oralidad, busca entonces reivindicar los aspectos épicos de las historias de los veteranos, el honor de los soldados caídos. La exaltación de estos conduce de este modo a la abolición de la distancia temporal, pasado y presente se mezclan de ahora en adelante en un mismo discurso nacionalista.

Como vemos, la distinción entre racionalidad y emociones no puede ser más que artificial: cada uno de los capítulos de esta obra muestra cómo las emociones son sistemáticamente reubicadas en su contexto racional de producción

para poder ser comprendidas. Así, estas o bien son un instrumento de poder utilizado para movilizar a las masas, o bien se inscriben en las estrategias que buscan sobrepasar un pasado doloroso. En cualquier caso, no olvidemos la afirmación de C. Ginzburg: la comprensión de la acción de los hombres en sociedad no es posible más que a condición de reconocer en ellos una forma de racionalidad.

**Evelyne Sanchez**  
**Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS)**  
**FRAMESPA, Francia**

---

Fecha de recepción: 20 de julio de 2015  
Fecha de aceptación: 30 de noviembre de 2015  
Fecha de publicación: 7 de noviembre de 2016